

## LA PREGUNTA DEL MILLÓN

**¿Cree que Cort se ha equivocado al retrasar la inspección de edificios como el caído de Serralta?**

JUAN PLANAS BENNÁSAR

**El efecto mariposa**

SI Tanto abrir zanjas y remover lodazales, sacudirle los intestinos a la urbe, armar y desarmar el revuelo subterráneo en sus estaciones y parques, aceras y alcantarillas, vías y viales, en el conglomerado metafórico –y mutante– de sus ejes cívicos y hasta en el pálpito irreal de sus horas irremisiblemente muertas no podía quedar impune. Nada queda nunca impune. O no del todo, al menos. Para comprobarlo no vale ni acercarse a la Plaza Serralta. Nos sobra con ojear la diligente usura del Impuesto sobre Bienes Inmuebles de Naturaleza Urbana –hay que ver cuánto se preocupa Aina Calvo por mejorar las infraestructuras tributarias– que nos va a tocar pagar, sin su amable recargo, en quince días y sin rechistar, como en un acto de fe

con ribetes resignados, absurdos y quizá suicidas. ¿Existirá nuestra casa para entonces? Quizá sí. O no.

La burocracia tiende a reglar la realidad pero no tiene forma alguna, verídica, segura, fiable, de tomarle el pulso a las cosas. No hay comisión de estudio ni comité de expertos capaz de interpretar el rumor interior de Palma, su sinfonía de nido de termitas incubando no se sabe muy bien qué, pero nada bueno. Quizá el vacío del aire en una burbuja de piedra, el temblor de la casquería urbana al descubierto, el dolor de su vientre desgarrado como un volcán –o una ubre– a punto de vomitar su rabia –o indiferencia– de siglos, su vocación secreta de regresar al polvo del que fue arrebatado, a su sueño

antiguo, a su calma ancestral, a su ser o a su nada. A su intimidad.

Por eso no es de extrañar que haya una divergencia insalvable entre la realidad de la burocracia y la de las cosas. Yo puedo –si me place, si no me urge, si me siento dócil, comprensivo y solidario, global o simplemente aburrido– volver mañana o pasado mañana o nunca. Mi escala temporal se reduce al latir de mi sangre. Poca cosa. Pero la naturaleza atiende a otras premisas y urgencias, a otro tipo de proyección temporal.

No es raro que donde, ahora, se levanta un bruñido edificio, al rato sobrevenga un socavón, una montaña de escombros, un géiser de cascotes y vísceras, un vertedero de ilusiones derrumbadas. Pero, aún así, aquí ha fallado algo. O sea, todo. Si el propio consistorio no sabe cuánto le va a durar la voluble argamasa de su pacto de gobierno cómo le vamos a creer capaz de prevenir, con éxito, los desastres exteriores. Ni en sueños.

siendo declaradas obsoletas con gran satisfacción de cuantos se dedican al ramo. Ha sucedido con los ascensores, la mayoría de los cuales han tenido que ser adecuados, con las instalaciones de gas o con las conducciones eléctricas. Pero, ¿se habrían producido tantos accidentes por falta de seguridad como para tener que obligar al ciudadano a someterse a normativas de cada vez más estrictas y ocasionarle tantos dispendios?

Ahora en Palma se ha derrumbado un edificio de tres plantas construido en 1959 con materiales ya en desuso y se ha abierto un debate sobre la seguridad de nuestras casas. Pero los edificios pasan una ITV que se basa en criterios cronológicos y esto parece suficiente. La psicosis del momento no debería conducirnos a reclamar seguridades más allá de lo razonable. Un derrumbe –lamentable, eso sí– no justifica tratar de buscar una seguridad total que ni existirá nunca ni tampoco nadie podrá asegurar.

## PUPUT I ANGELOTS

JOAN PLA

**Buen talante**

DESDE MI MOCEDAD, he creído siempre en la comunión de los santos, pero, desde hace poco, también creo en la comunión de los corruptos. Dilema actual: santos o corruptos, pero conviene saber una vieja verdad histórica de cristiandad: los mejores santos son los de pasta de diablo. La gracia está en que el corrupto se arrepienta, devuelva todo lo que birló, repare todo lo que estropeó y vuelva a practicar principios de honestidad. Por contra, la desgracia consiste en que los que van para santos y honestos gobernantes o para directores del tinglado político de turno acaban siendo cacos vulgares, ellos y ellas, que se lo llevan crudo y, aunque la Justicia los siente en el banquillo, no devuelven lo que robaron o estafaron y dejan sin sueldo, sin trabajo y sin esperanzas a los que menos se lo merecen. Da gusto ver la imagen oronda y feliz de los que caminan por la cuerda floja entre las promesas políticas y el dinero común de nuestros bolsillos. La viñeta de hoy no es denuncia. Es pura metáfora poética: SBT, o sea, su buen talante, diría yo...

GASPAR SABATER

**La obsesión por la seguridad**

NO Según los tratadistas aunque la seguridad es un bien fundamental y por tanto puede ser reclamada como derecho hay que contemplarla en su justa interrelación con los demás derechos. Quiere esto decir que la seguridad es a la vez derecho pero también riesgo para los otros derechos ya que cuando caemos en la obsesión por la seguridad nos disponemos a sacrificar una parte de nuestra libertad, llegando hasta el extremo de apoyar políticas preventivas o represivas para lograr nuestra máxima tranquilidad. ¿Quieren ejemplos?

Como unos descerebrados atentaron contra aviones ahora han impuesto unas normas por las que nos requisan en el aeropuerto hasta una botella de agua o nos hacen quitar el cinturón. Y si acaso al-

guien atentara con explosivos en el interior de su cuerpo –como sucedió en Arabia Saudita– corremos el riesgo de que nos vayan a meter un dedo en salva sea la parte. Aunque, suma paradójica, se puede subir a un barco, y sin ningún control, una furgoneta cargada de explosivos. Pero, lo dicho, aceptamos de grado unas medidas que resultan casi represivas.

En lo que atañe a los vehículos –un invento para esquilmar al personal y someterle a las mayores políticas preventivas– sucede exactamente lo mismo. Y luego están los edificios. Y aquí entra en juego ya tal maraña de legislaciones y normativas, muchas de ellas promovidas por intereses corporativos, que un ciudadano no sabe nunca si cumple con aquéllas que inevitablemente de un día para otro acabarán

TRIBUNA / FRANCISCO VILLALONGA

**Ramón vs. Román**

EN LA PRESENTACIÓN del libro autobiográfico *De los pasados días*, de Román Piña Homs, se produjo un hecho aparentemente insólito. Uno de los elegidos para presentar el libro era Ramón Aguiló Munar, cuyo antagonismo con el autor resulta evidente y aceptado por ambos personajes, a pesar de sus profundas diferencias ideológicas y a la disparidad de criterios a la hora de afrontar la vida. Sin embargo, la mayoría de quienes asistimos pudimos constatar que ni Román se equivocó al encomendar a Ramón la presentación, ni lo hizo Ramón al aceptar la propuesta. Quienes conocemos a ambos estaremos o no de acuerdo con lo que dicen y como lo hacen, pero tendremos que convenir que se trata de dos personas que no tienen desperdicio y que si es mucho lo que les separa

tanto en el plano ideológico como en su forma de actuar, son complementarios. Aunque también tienen más puntos en común de lo que probablemente ellos mismos piensen.

Quizá a Ramón se le entiende más por lo que dice y a Román por lo que calla, pero los dos pertenecen a este escaso grupo de gente en la que uno puede confiar. Su integridad está fuera de toda duda. A pesar de pertenecer a una condición humana excesivamente proclive a la indignidad, ambos son un ejemplo de rectitud muy difícil de encontrar en los tiempos en que vivimos. Se mueven dentro de unos parámetros que Román cataloga como morales y Ramón define como éticos. Uno espera la recompensa en el cielo y el otro no cree en el más allá, pero los resultados de sus

respectivos comportamientos, diferentes a todas luces, son idénticos y ejemplares.

Incluso en el capítulo de su formación intelectual son tan diferentes como complementarios. Ramón, como ingeniero, se formó

**Román y Ramón tienen más puntos en común de lo que ellos mismos piensen**

en lo que algunos denominan ciencias duras, poco condescendientes con lo inexacto, mientras que Román adquirió sus conocimientos en el ámbito de las humanidades, en donde el pensamiento prima sobre la exactitud.

Otro de los rasgos comunes de Ramón y Román es el de la generosidad bien entendida, y la prueba la tenemos en el reconocimiento a sus respectivas trayectorias. Ambos se han volcado en las responsabilidades para las que fueron designados, a las que se entregaron con honestidad, y lo siguen haciendo, simplemente por sentido de la responsabilidad. Hasta el punto que ambos fueron en algún momento apartados de sus puestos a base de trapacerías por quienes honestamente y en virtud de sus méritos debían apoyarlos. Recuérdese la falta de apoyos del entonces su partido a Ramón Aguiló en último año en la alcaldía o la no renovación de Román Piña como profesor emérito de la universidad por parte de quienes debieran haber suplicado al viejo profesor que continuara.

Sin embargo los dos se fueron sin hacer el menor ruido y sólo el tiempo ha demostrado la injusticia cometida con ellos.

Tomen nota nuestros políticos de estos dos personajes. Tienen ideologías antagónicas, formas diametralmente opuestas y hasta caracteres diferentes, pero uno y otro han dado y siguen dando lecciones de honestidad. Como no podría ser de otro modo, estoy seguro que ambos coinciden en muchos aspectos fundamentales de la convivencia y desde esta perspectiva contemplan horrorizados el bochornoso espectáculo de la corrupción que estamos viviendo en las Islas. Y las denuncian a través de las páginas de EL MUNDO/El Día de Baleares todas las semanas. Bien es cierto que uno lo hace con guante de seda y el otro con mano de hierro, pero para mí en este caso lo verdaderamente importante no son las formas, sino el fondo.

Francisco Villalonga es miembro del Consejo Editorial de EL MUNDO/El Día de Baleares.